

“Exposiciones históricas en la Argentina I: Las muestras del Ateneo (1893-1897)”. *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, Granada, N° 35, 2004, pp. 125-132.

## **EXPOSICIONES HISTÓRICAS EN LA ARGENTINA I. LAS MUESTRAS DEL ATENELO (1893-1897).**

Rodrigo Gutiérrez Viñuales  
Universidad de Granada.

Las exposiciones organizadas por El Ateneo a partir de 1893 pueden ser consideradas el primer paso serio hacia la concreción del Salón Nacional en la Argentina, logro cristalizado dieciocho años después. Sin embargo, con anterioridad, se había proyectado la realización de exposiciones nacionales como cuando a mediados de 1858 se propuso llevar a cabo en Buenos Aires una muestra de artistas argentinos y extranjeros. El 20 de julio de ese año el gobernador de la provincia doctor Alsina hizo pública su complacencia por la exposición, participando asimismo en la comisión organizadora el pintor Prilidiano Pueyrredón. «Cuando decimos Nacional -expresó La Tribuna- entendemos la exhibición de las obras artísticas ejecutadas por los artistas, sean nacidos, sean residentes, entre nosotros, puesto que el genio, ese ciudadano universal, no tiene patria»<sup>1</sup>.

Tras varios cambios de fechas y de sede, la exposición no llegó a realizarse siendo postergada por sucesos políticos de importancia mayor. Primero iba a hacerse el 25 de mayo, aniversario patrio, en los nuevos salones de los altos del Fuerte que iban a agregarse a la Aduana; después se habló del Teatro Colón, pero se dijo que allí no porque las salas no eran adecuadas... «En medio de todos los aprestos bélicos, cuando la mayor parte de la actuación pública está embebida en limpiar fusiles, en ceñirse espadas, en preparar todos los elementos posibles para dar en tierra con el caudillaje, no era natural que el gobierno se dedicase a llevar a cabo la iniciada exposición de pinturas. Era preciso cerrar las puertas del templo de las artes, para abrir la de los almacenes, porque imposible sería atender a todo a un mismo tiempo»<sup>2</sup>.

A partir de dos décadas después, fundada ya la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, los llamados pioneros «sufrieron muchas penurias: escaseaban los encargos oficiales, faltaba una clientela capaz de apreciar y adquirir cuadros o esculturas. No existían auténticas galerías en que el artista pudiera mostrar sus obras al público. Tenía que hacerlo en bazares, casas de óptica o de provisión de artículos navales, en negocios como el de Fusoni Hermanos y Maveroff, o el de Corti y Francischelli, donde se exhibía la producción artística local hasta que se abrieron el célebre Salón Costa, la memorable Galería Witcomb y otros establecimientos de tal índole... »<sup>3</sup>.

Carlos P. Ripamonte afirmó que el cuadro de bazar era el que más directamente impresionaba a la masa del público, deseoso de hallar la nota agradable a sus ojos. La evolución de la tienda hasta convertirse en Salón de Exposiciones contribuyó a acelerar el cambio de los aficionados al arte poniéndolos en contacto con la obra exclusiva de los artistas. «Antes, el bazar era una especie de depósito de obras diversas, en que el cuadro

---

<sup>1</sup>. D'ONOFRIO, Arminda. *La época y el arte de Prilidiano Pueyrredón*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1944, p. 80.

<sup>2</sup>. *Ibidem.*, p. 81.

<sup>3</sup>. PAYRO, Julio. «La pintura». En: *Historia General del Arte en la Argentina*. Buenos Aires: Academia Nacional de Bellas Artes, 1988, p. 134.

era estorbado por una lámpara, un almohadón o viceversa. (...). El público acude a los bazares porque allí adquiere sus jarrones, cortinados, estatuas, cuadros y demás objetos de adorno con que paga cierta disposición de mejoras para la casa»<sup>4</sup>. En una situación así se presentó, en los escaparates de Nocetti y Repetto, *La vuelta del malón* de Ángel Della Valle.

Hemos referido en capítulos anteriores al desarrollo del arte pictórico en la Argentina hasta llegar al surgimiento de la primera organización importante, la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, en 1876. Al mismo tiempo y al igual que los artistas, los literatos argentinos, cuyo campo de acción mostraba aparentemente mejores perspectivas dado que contaban con mayores recursos y las bibliotecas estaban a su alcance, luchaban cada uno por su cuenta y por sus ideales. Fue a raíz de la crisis económico-política de 1890 cuando sintieron la necesidad de unirse y organizarse para defender y fortalecer la cultura nacional intentando hacer prevalecer el interés colectivo sobre el individual.

Con tal espíritu se gestó a partir de 1892 El Ateneo, en donde los autores se reunieron en torno de Carlos Guido Spano, hombre de larga experiencia en el terreno de las artes, que en 1848 había estado en París mezclado en las huestes de Lamartine y de Hugo y tres años después había asistido al golpe de Estado del príncipe Napoleón tomando parte activa en la protesta popular. Regresado a la Argentina demostró sus dotes humanitarias abogando en favor de los prisioneros paraguayos durante la injusta Guerra de la Triple Alianza y poniéndose al servicio de la Comisión Popular durante la epidemia de fiebre amarilla en 1871<sup>5</sup>.

La primera reunión, en la cual quedó resuelta la creación de El Ateneo bajo la presidencia de Guido Spano, se realizó en la casa del escritor Rafael Obligado y participaron de la misma numerosas personalidades de las artes, de la cultura y hasta de la política como el General Lucio V. Mansilla, militar que se había destacado en la guerra contra el Paraguay y trabajando como jefe de frontera y explorador en el sur del país, etapa sobre la cual dejó testimonio en su libro *Excursión a los indios Ranqueles*. Entre los hombres de letras debe destacarse la presencia, además de los nombrados, de Calixto Oyuela, Ricardo Gutiérrez, Roberto J. Payró y Enrique Larreta, y entre los artistas las de Ángel Della Valle, Augusto Ballerini, Eduardo Schiaffino y Eduardo Sívori.

Las reuniones iniciales de El Ateneo se realizaron en el local del Consejo Nacional de Educación situado en la calle Esmeralda de Buenos Aires, hasta que se produjo la apertura del local en la moderna Avenida de Mayo, esquina Piedras, el 25 de abril de 1893. Para ese entonces Guido Spano se había retirado dejando la presidencia en manos de Calixto Oyuela.

La sala de conferencias, conciertos y exposiciones de la nueva institución cobijó durante los seis años siguientes, hasta la desaparición de El Ateneo, disertaciones de escritores y artistas -entre ellas encendidas discusiones en torno al nacionalismo en el arte, a partir de 1894, con Obligado, Oyuela y Schiaffino como mayores animadores-, conciertos como los organizados por el maestro Alberto Williams, y las exposiciones de pintura y escultura de carácter anual, pioneras del Salón Nacional que habría de crearse en 1911.

---

<sup>4</sup>. RIPAMONTE, Carlos P.. *Janus. Consideraciones y reflexiones artísticas*. Buenos Aires: M. Gleizer Editor, 1926, pp. 145-146.

<sup>5</sup>. SCHIAFFINO, Eduardo. *La pintura y la escultura en Argentina. (1783-1894)*. Buenos Aires: Edición del Autor, 1933, pp. 306-310.

La primera exposición de El Ateneo<sup>6</sup> reunió 106 pinturas y 30 esculturas, siendo inaugurada el 15 de mayo de 1893. Entre las obras presentadas en aquella ocasión se destacaron algunas de las que Augusto Ballerini había ejecutado durante sus excursiones al interior del país como *Cascada del Iguazú*, *Boca del río Iguazú* y *Toldería de indios Tobas*, *La corrida de sortija* de Ángel Della Valle y *Fiesta de la Pura, en Santa Fe*, del valenciano Vicente Nicolau Cotanda quien estaba radicado en el país desde hacía cuatro años y habría de ser, a partir de 1897, el primer maestro de Cesáreo Bernaldo de Quirós.

Entre las escasas notas periodísticas aparecidas a raíz de esta exposición vale destacar la reseña publicada por la Revista Nacional en la que se augura que la muestra «marcará una data digna de histórico recuerdo en el desenvolvimiento intelectual argentino, como que ha sido la primera manifestación pública de vida artística nacional... (...). Sabemos... que algunas obras han sido vendidas; hemos averiguado los nombres de los compradores y constatado con la sorpresa consiguiente que entre ellos no figura el de ninguno de nuestros coleccionistas; éstos y el Gobierno han dejado pasar esta primera manifestación oficial de vida artística nacional, sin una sola demostración de interés efectivo, como que ni los unos, ni el otro se han dado cuenta de lo que importa la fundación que nos ocupa»<sup>7</sup>.

Este párrafo marcaba una realidad que, con honrosas excepciones, se mantuvo hasta prácticamente la segunda década del siglo XX, en la que el público y los coleccionistas alternaron su interés por adquirir las obras extranjeras -en general de segunda categoría- que llegaban periódicamente a Buenos Aires, con la compra de obras de autores locales. Por este motivo los marchantes europeos eligieron a la Argentina como el paraíso de sus negocios, sabiendo que allí podían hacer su agosto con exhibiciones de artistas del Viejo Continente.

El naciente interés creado por la primera muestra de El Ateneo trajo como consecuencia inmediata la realización de una nueva exposición artística, esta vez en el Palacio Hume de la porteña Avenida Alvear, en la que se incluyeron cuadros antiguos y modernos, muebles y objetos de arte pertenecientes a las más prestigiosas colecciones privadas de Buenos Aires, muchas de las cuales se habían formado durante los tiempos de Juan Manuel de Rosas y que el público nunca había tenido la ocasión de conocerlas.

En la sección de pintura se destacaron los lienzos de Villaamil que había traído desde España Manuel de Guericco durante el gobierno de Rosas, las pinturas flamencas y holandesas reunidas por don Francisco J. Brabo y otras también importantes, muchas de las cuales estaban en vías de ser subastadas. Figuraron en la muestra algunos cuadros españoles como *El sueño del Niño Dios* atribuido a Alonso Cano, el *Retrato de Don Antonio Porcel* de Francisco de Goya, perdido en 1953 en el incendio del Jockey Club de Buenos Aires, y una *Odalisca* de Mariano Fortuny.

Sin embargo, prevalecieron las obras francesas e italianas, destacándose entre las primeras *El sacrificio de la Rosa* de Honoré Fragonard, la *Danza del Arlequín* de Edgar Degas,

<sup>6</sup> . Las exposiciones de El Ateneo han sido estudiadas recientemente y con gran amplitud por: MALOSETTI COSTA, Laura. *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001. Recomendamos su lectura a los interesados en ampliar conocimientos sobre las mismas y sobre otras vicisitudes del periodo.

<sup>7</sup> . «Notas acerca de la Exposición». *Revista Nacional* (Buenos Aires), 1º de julio de 1893. Cit.: SCHIAFFINO, Eduardo. *La pintura y la escultura...*, pp. 321-323.

actualmente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, y que fue calificada como la nota más moderna entre las pinturas de la exhibición. Esta muestra, que solamente habría de ser superada por la Exposición Internacional del Centenario en 1910, no tuvo prácticamente repercusión en la prensa porteña salvo tres artículos aparecidos en La Nación en noviembre de 1893.

El 3 de noviembre del año siguiente, y luego de la exposición póstuma de Graciano Mendilaharsu abierta el 26 de septiembre, fue inaugurada la segunda muestra anual de El Ateneo, ya bajo la presidencia de Carlos Vega Belgrano quien había reemplazado a Calixto Oyuela en la dirección de la institución. En la exposición, compuesta por 176 obras (pinturas, esculturas y dibujos), se destacaron lienzos como *Las guachitas*, cuadro de corte costumbrista realizado por Eduardo Sívori, el *Corsario la Argentina* de Martín Malharro, *La vuelta del malón* de Ángel Della Valle, y *Sin pan y sin trabajo* de Ernesto De la Cárcova. Estas dos últimas fueron galardonadas ese mismo año en la Exposición de Chicago, la primera -lo mismo que *La sopa de los pobres* de Reinaldo Giudici- con Medalla de Oro y la de De la Cárcova con Gran Premio de Honor.

La exposición de 1894 tuvo mayor eco que la anterior en lo que a prensa se refiere y los principales diarios le dedicaron amplio espacio. «Ha sido efectivamente un éxito -rezaba un comentario en La Nación- la apertura del Salón del Ateneo, visitadísimo ayer por damas y caballeros. Desde las dos de la tarde comenzaron a afluir los concurrentes, que se renovaban sin cesar, manifestando al unísono la satisfacción que les producía este esfuerzo del arte nacional; no puede amarse al país sin ver con íntima alegría que los artistas argentinos se agrupan»<sup>8</sup>.

La nota destacada de la segunda muestra del Ateneo fue, a diferencia de la primera exposición, la casi nula afluencia de artistas extranjeros quienes comprendiendo los propósitos nacionalistas de la misma optaron por agruparse en torno a La Colmena Artística, sociedad que a pesar de haber organizado algunas exhibiciones, no llegó a tener influencia decisiva en la evolución del arte argentino que se estaba gestando, al decir de Schiaffino.

Ante la falta de interés de los coleccionistas, del Gobierno y de los asistentes por adquirir obras, se optó por encargar a los martilleros Guerrico y Williams que las subastaran públicamente. La afluencia de la gente al acto fue notable pero a la hora de las ventas solo una docena de obras, incluyendo aquí las adquisiciones anticipadas, hallaron comprador. El ambiente no estaba aún preparado para acoger estas iniciativas locales y los compradores siguieron optando por los cuadros de comercio traídos por mercaderes extranjeros de poca competencia.

A esto debemos sumar la falta de organismos oficiales que estimularan el afán de los artistas y el interés del público como pudieron haber sido una Academia y un Museo Nacional de Bellas Artes, como así también el poco apoyo que encontraron a su vuelta los jóvenes artistas que, becados por el mismo Gobierno, habían ido a estudiar a Europa y dieron, al regresar, pruebas suficientes de su preparación.

Este panorama tan desalentador para las artes y la cultura argentinas del momento fue ilustrado en mayor medida por Eduardo Sívori quien expresó: «un pintor va a Europa,

---

<sup>8</sup>. *La Nación* (Buenos Aires), 4 de noviembre de 1894.

estudia y trabaja allí durante años, hace cuadros de composición, piensa en hacerlos en su tierra, cuando regresa, vuelve y se encuentra con que no hay mercado... Para qué va a pintar cuadros de costumbres que nadie le comprará?... Entonces, con esta triste convicción, se dedica al retrato, y hace retratos y más retratos, alternando con lecciones de pintura, que tiene generalmente que dar a precios módicos, único medio de ganarse la vida. He aquí por qué los pintores hacen en Europa obras de aliento, y no siguen, a su vuelta, haciéndolas aquí»<sup>9</sup>.

El Ateneo realizó dos exposiciones más, una en 1895<sup>10</sup> y la otra en 1896, suspendiéndose su continuidad debido tanto a la insuficiencia de fondos para su organización como a un pronunciado descenso de entusiasmo, palpable en lo anodino que resultó la última muestra. Una quinta edición del salón de El Ateneo, prevista para octubre de 1897, había sido cancelada; para entonces se acababa de fundar el Museo Nacional de Bellas Artes (Navidad de 1896), luego de una serie de presiones ejercidas por los hombres de aquella institución y especialmente de los de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes. La dirección del Museo quedó a cargo de Eduardo Schiaffino a quien sucedieron Carlos Zuberbühler y Cupertino del Campo. En 1897 quedó asimismo constituida la Comisión Nacional de Bellas Artes, a la que se encomendaron los asuntos artísticos del país incluyendo el control de todos sus establecimientos educativos.

Las exposiciones colectivas continuaron al comenzar nuestro siglo. Al decir de Payró, en 1901 surgió el primer grupo Nexus, integrado originalmente por los pintores Ballerini, Caraffa, Della Valle, Rodríguez Etchart, Schiaffino y Sívori, quienes exhibieron conjuntamente sus obras en la galería de Freitas y Castillo. Si bien no hemos encontrado referencia a la autodenominación de "Nexus" por parte de estos artistas, sí podemos corroborar la certeza de la muestra llevada a cabo en el mes de septiembre, en donde Della Valle presentó su conocido *Incendio en la pampa*, Ballerini la *Sierra de la piedra movediza (Tandil)* y Caraffa el fortuniano cuadro titulado *Bendición episcopal*<sup>11</sup>.

Las obras de Augusto Ballerini, ahora en forma individual, retornaron al mes siguiente y al mismo salón ofreciendo una visión más completa de la trayectoria del artista. En dicha producción se destacaron lienzos de marcado tinte academicista como los retratos *Circasiana*, *Veneciana* y *Una dulce sonrisa*, o el amanerado *Interior marroquí*<sup>12</sup>.

En junio de 1902, en el salón Castillo, se realizó una nueva exposición de artistas argentinos en la que intervinieron Eduardo Schiaffino, Ángel Della Valle -con *Enlazando-*, Emilio Caraffa, Ernesto De la Cárcova, Eduardo Sívori, Severo Rodríguez Etchart y el "resistido" Martín Malharro, con la obra *Parvas en setiembre*<sup>13</sup>. La rueda estaba girando...

## NOTAS

---

<sup>9</sup>. *La Nación*, Buenos Aires, 5 de noviembre de 1894. Cit.: SCHIAFFINO, Eduardo. *La pintura y la escultura...*, p. 376.

<sup>10</sup>. Para la que el Ministerio de Instrucción Pública acordó la cantidad de 2.000 \$ para premios de estímulo. Cfr.: *La Nación* (Buenos Aires), 5 de octubre de 1895.

<sup>11</sup>. «La exposición argentina en el salón de Freitas y Castillo». *Caras y Caretas* (Buenos Aires), 21 de septiembre de 1901.

<sup>12</sup>. «La exposición Rodríguez Etchart. En el salón de Freitas y Castillo». *Caras y Caretas* (Buenos Aires), 26 de octubre de 1901.

<sup>13</sup>. «Salón Castillo. Exposición de artistas argentinos». *Caras y Caretas* (Buenos Aires), 21 de junio de 1902.

